



Un renacuajo más de los que, en verano, habitábamos el río. Y cuánto nos gustaba perseguir lampreas y ranas, acechar las truchas que se escondían a la sombra de berrañas, hundirnos en el agua del Oja.





Siempre recordaré la vez aquella, en la que nuestra edad sería más o menos la que aquí, en esta foto, se representa, mantuvimos a raya, Julio y yo, tras un carro de aquellos con grandes ruedas de madera y hierro, a Bartolo, su hermano y alguno más de los que habitaban en la gran plazuela del Palacio de los Condestables. Allí fue, por cierto, la breve contienda. No nos arredraba que fueran mayores, ni más que nosotros. Les lanzábamos piedras con todas nuestras ganas cada vez que asomaban la nariz por detrás de aquel viejo vehículo aparcado. Era una forma un poco salvaje de dirimir nuestras pequeñas diferencias. Nunca hubo que lamentar grandes daños, más allá de alguna brecha y algunos moratones.



También recuerdo el día en que alguien, no me acuerdo quien, se metió contigo y fuimos juntos en su busca hasta la vieja estación para reparar aquel mal del que, en nuestra pequeñez, hacíamos un mundo. No recuerdo siquiera si llegamos a las manos o a las piedras. Solo sé que la estación ya no recibía a los viajeros y la habían cerrado. Tan solo quedaban los viejos billetes tirados en el suelo, que recogíamos como pequeños tesoros que protagonizarían nuestros juegos.



Había que ahorrar y de la misma tela podían salir media docena de camisas o igual número de pantalones. A veces, solo variaban en el número de bolsillos. Con un sueldo de maestro y semejante tropa menuda no era fácil vestir y dar de comer a todos sin hacer equilibrios. Aún así, la vida era agradable, teniéndonos unos a otros. Y fuimos trece durante muchos años, incluida la abuela Daría, que tanto nos quería y a la que tanto quisimos. Siempre tuvo con Julio una especial cercanía, después de tanto tiempo durmiendo en la misma habitación.





Con la cara de paicebuenos que tenemos aquí el Julito (que parece un auténtico angelito), el Juanan y el Mosca, cualquiera diría que en el pueblo (que ya había quedado atrás) fuimos parte de los temibles hijos del Maestro, una piña de hermanos y hermanas, a los que no nos gustaba que nos hiciesen de menos o nos tocasen un pelo de más. Este tipo de foto se convirtió en la típica para los estudiantes de la escuela por todo el país en los años sesenta.



Esta foto ya corresponde a Logroño



En la Plaza del Portillo, el Julio con la Mamen, Fernando y los primos Antonio y Martín. Por aquel entonces Julio comenzó a hacer sus pinitos artísticos en Radio Zaragoza, algo muy poco conocido y recordado de su biografía. Fue una vocación muy temprana que no llegó a ejercitar por un largo periodo de su vida, pero que luego continuó con su presencia en el grupo de Teatro "El Grifo" y su deseo, nunca cumplido, de convertirse en payaso.



El hombre de los gestos graciosos y simpáticos, cualquier circunstancia le servía para sacarte un atisbo de risa o una carcajada, pues solía tener salidas geniales, muchas veces



Asoma pelusilla de adolescente enamorado,
de grandes y nobles sentimientos.

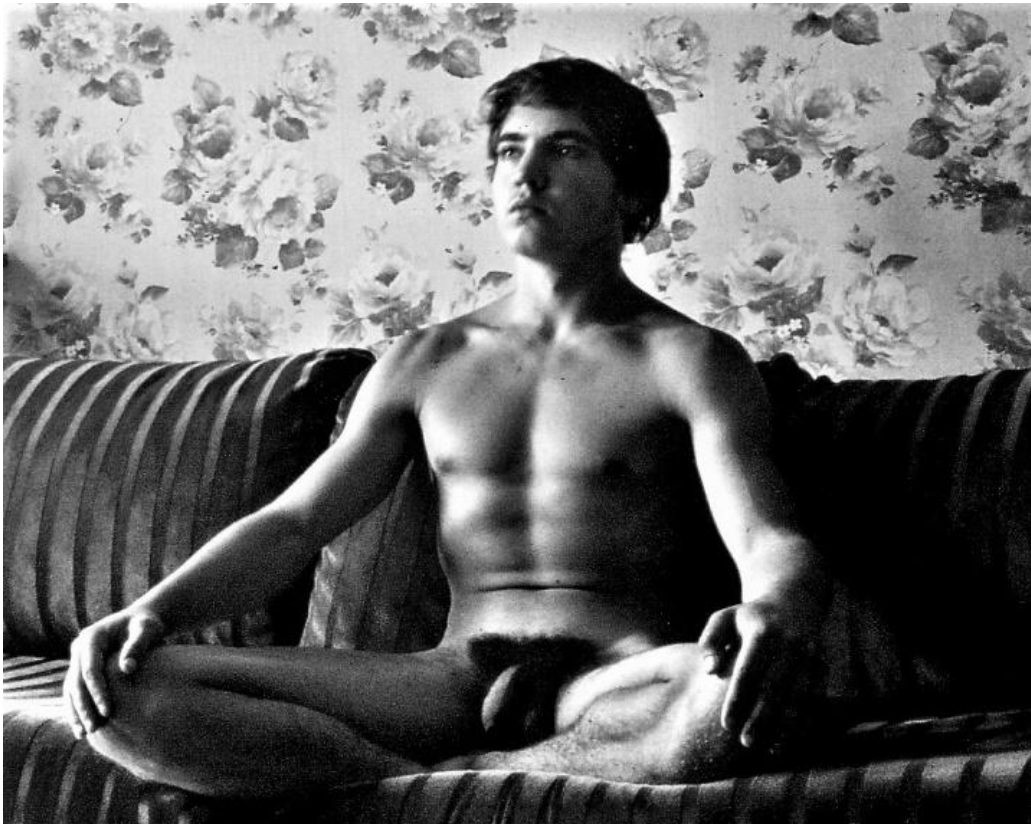


Hay cosas que le importan y las ve justas, en la Zaragoza de los años ochenta.





Aquí, bajo el amparo de la Daría y junto a Julia y Gonzalo



Y aquí desamparado, ni ropica tiene el probecico



En el mundillo farandulero estuvo por un tiempo de teatrero, haciendo unas cuantas obras en las que mostró sus dotes cómicas.



Tres jilicos guardan la cama
vaya si son bonicos
lo mismo por la noche
que en la mañana.



Había algo de triste
en tu mirada franca,
tan desprovista
de cualquier doblez
que siempre eras el mismo,
por más que tus silencios
fueran largos
y transcurriese el tiempo
sin escuchar tu voz,
ni verte, ni encontrarte.

Siempre te recordaba
tus poemas,
aquellos que escribiste
al filo de la adolescencia.
Siempre los vi sinceros,
directos, muy de dentro,
sin filtro intelectual
que retardase su decir,
sentidos, como golpes
de amistad o de fraternidad
sin requerir las palabras buscadas,
solo las que te encuentran a ti
y te arrastran a escribirlas
como un grito, un abrazo...

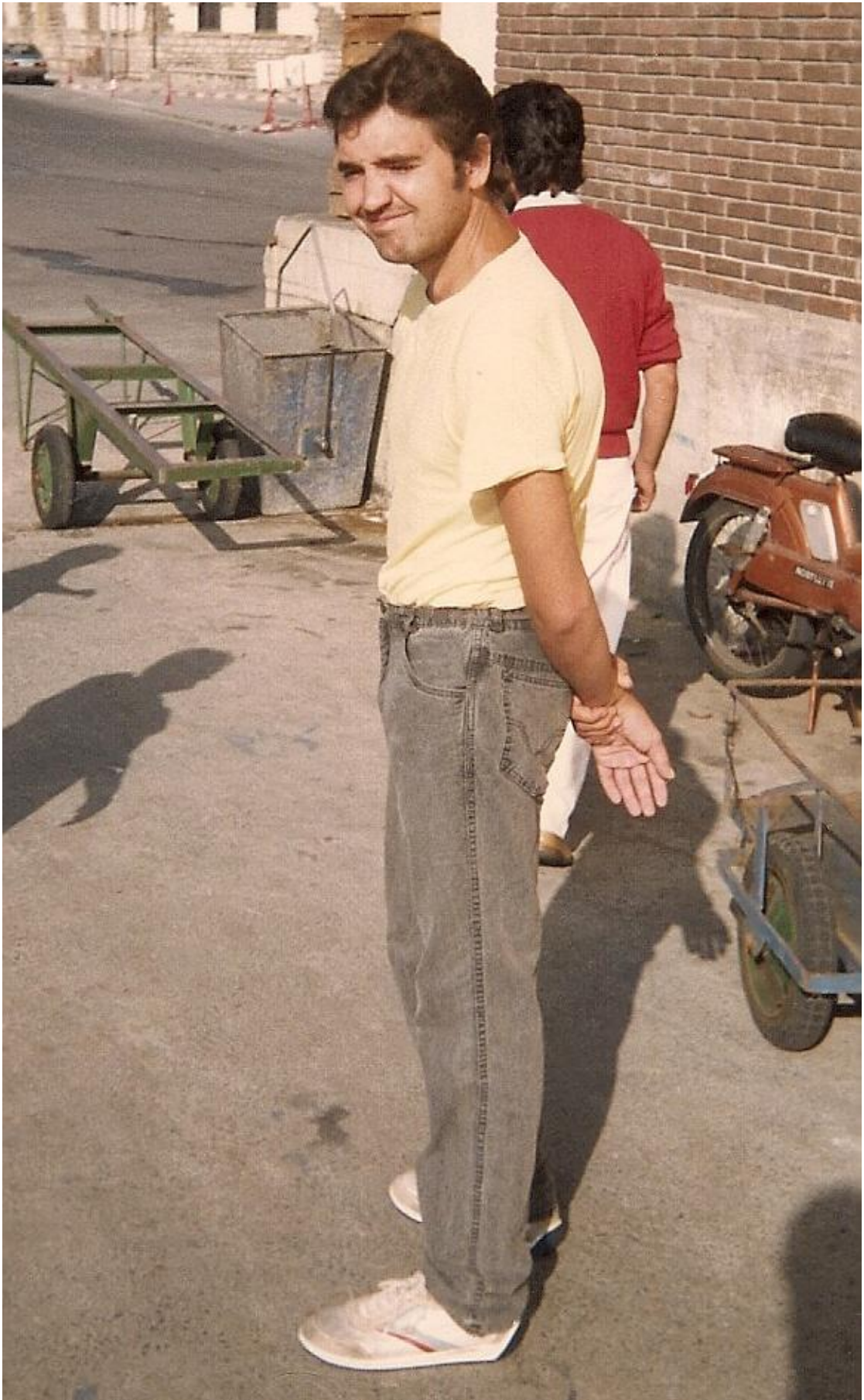


Qué risa, desinhibida y con las ganas contagiosas de un momento, reflejado también en los ojos de Blanca y de Pilar.



Un cuchillo extraño
sajo tu yugular
al borde de la vida
en el tiempo de infierno
que abraza Zaragoza.

En el sur, yo recorría
la ciudad del azahar
en bicicleta
ignorando tu sangre y la ventura
de estar entre nosotros
a pesar de las sombras,
de poder abrazarte
y escuchar tu risa
ahogada, más que nunca,
por un tiempo detenido.
La amistad,
la desbordada verdad
de tus abrazos
era el halo fecundo
de un corazón de agua,
calmada rara vez,
tumultuosa siempre,
al desbordar el pecho.
Te ofreciste de escudo
y la Luna afilada
borró tus altas nubes
e interrumpió tu vuelo
bruscamente.



Otra vez los hijos del Maestro entraban en acción



Tal vez en los anales de la historia resulte confuso encontrar por escrito quien tuvo la brillante idea de coger al Julito, el día de su boda, en el lugar aquel en que nos juntamos para celebrar el feliz evento.



El alzamiento de la víctima fue unánime y participamos, el grueso de los hermanos, en este nuevo deporte o acaso de orígenes perdidos en la noche de los tiempos, de arrojar al novio a un pilón a una estanca o un

abrevadero, si se terciara. En este caso era un depósito a modo de piscina, bastante lleno de agua, pero sobre todo de un lodo negro y espeso. Lógicamente los entusiasmados costaleros que llevaban en volandas al Julito no eran conocedores de esos imponderables y lo arrojaron al agua. Él probablemente tocara el fondo o no, pero el anillo recién estrenado se le fue hacía allí y se perdió en el espeso lodazal.



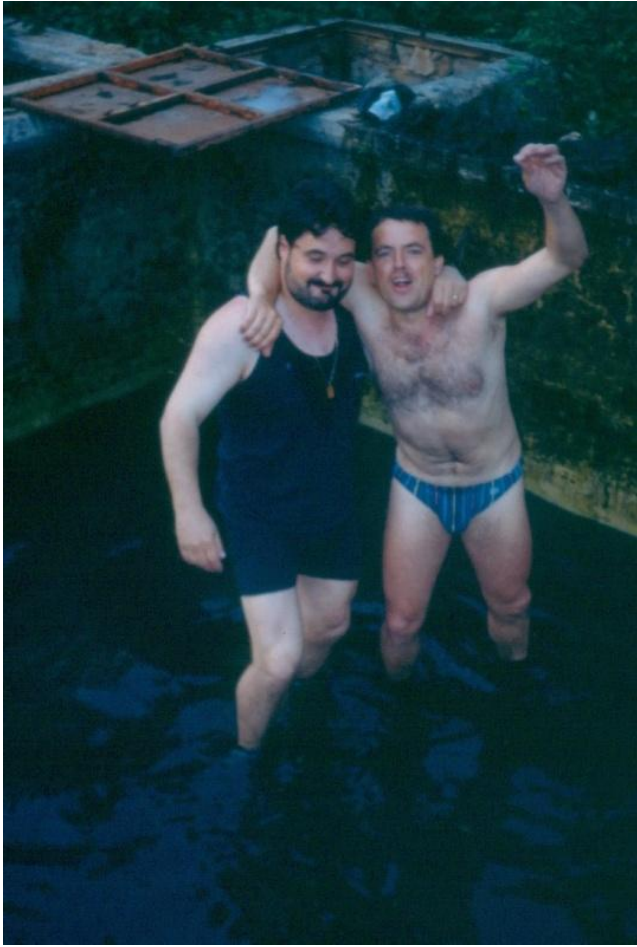
La novia enseguida presagió el agüero funesto de la pérdida del anillo y los hermanos, tras dar buena cuenta de la lifara, nos quedamos en calzoncillos y nos dispusimos a iniciar la trabajosa búsqueda del anillo.



Vaciamos el agua de aquel depósito y nos dispusimos a buscar aquel diminuto y escurridizo pez. Una búsqueda incansable de más de tres horas



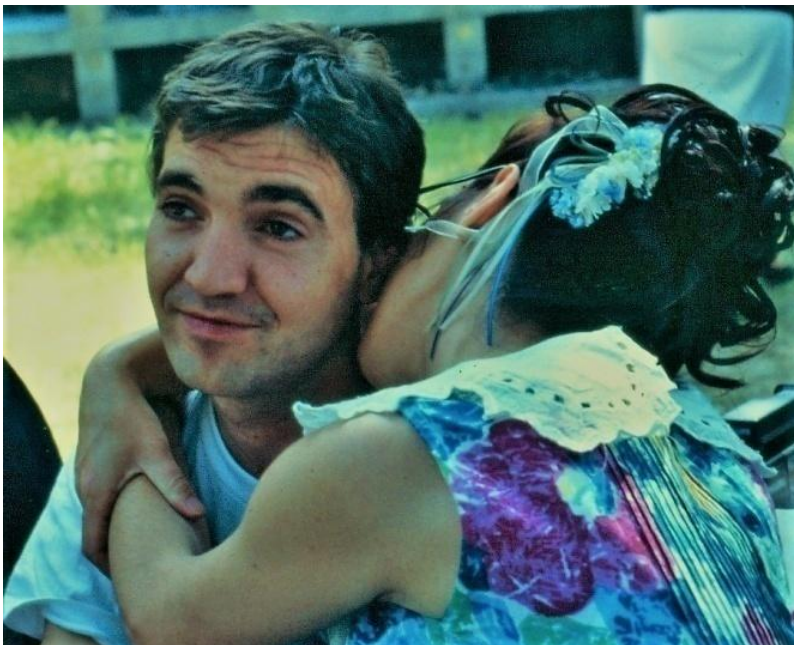
Hasta que al fin, cuando la tarde ya dejaba de ver el sol, apareció la sortija de la más honda negrura. Nosotros lo perdimos, nosotros los encontramos. ¿O no somos hermanos?



Me pudo el entusiasmo y menos mal que no se cayó de nuevo al fondo



También a Julio y Blanca les podía el entusiasmo



Y se dejaban mecer por la ternura



Se les veía felices y enamorados





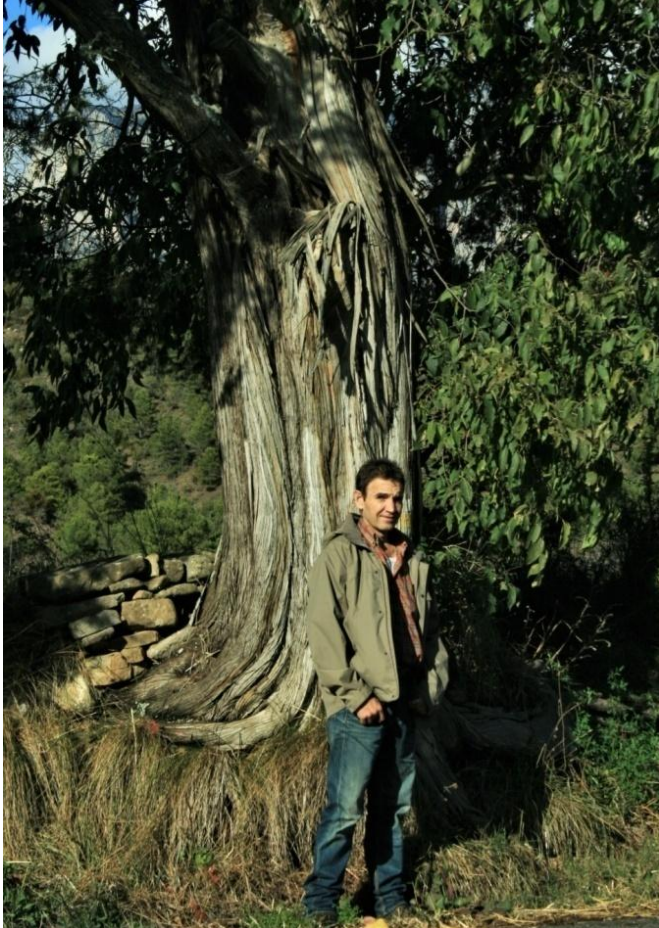
Y entregados



En casa de la Julia con Azahara y, muy posiblemente, Blanca embarazada de Pablo



Le gustaba perderse por andurriales

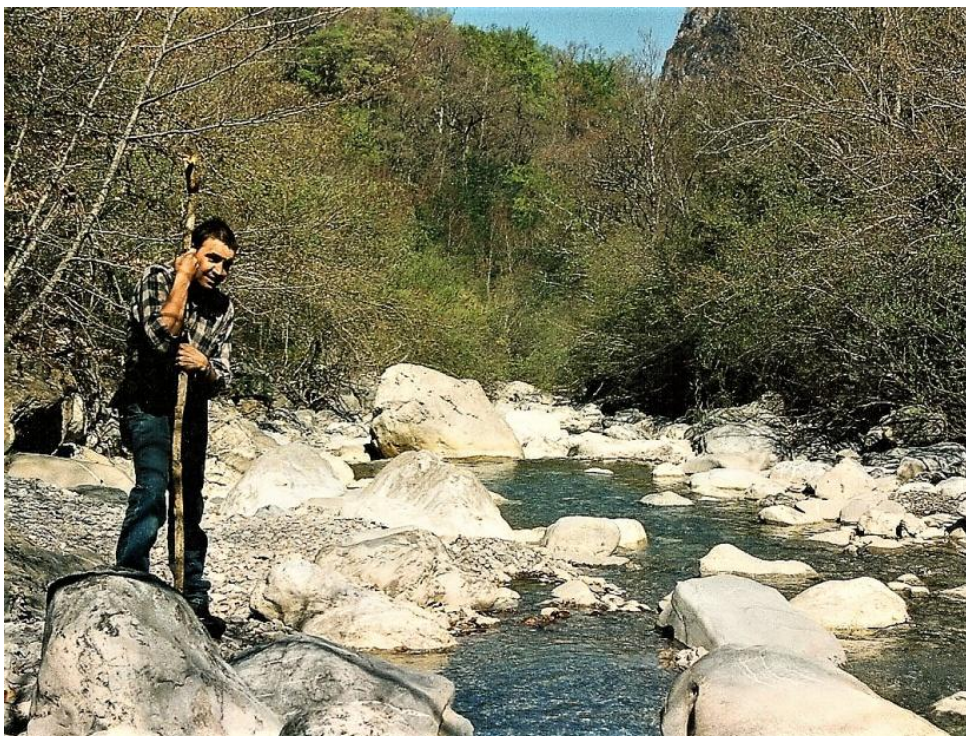


Julio, junto al Enebro del Soto, en Aínsa, cuando aún el viento airado de una noche vieja no lo había tronzado



Contemplando un ramillete de violetas en la Valle de Laspuña.

Recias voces
gritaban en el bosque
tu nombre.
Tu callabas,
venerando los árboles
acariciando
sus profundas cicatrices,
sordo al ruido
que viola tu silencio
y ese hundirte hasta el alma
en un animismo visceral
y arrebatado
con dioses selva
árboles y flores
abrigando tus ojos
en amoroso abrazo
hasta ser todo con ellos.





En la cesta no sé que llevas, pero contento vienes, aunque solo sea de verte sumergido en el bosque.

Era el Soto
nuestro lugar de juegos
buscábamos tesoros
escondidos, arrojados
desde el pretil del puente
o los umbríos ventanales del Palacio,
cangrejos escondidos
en ladrillos
lampreas bailarinas
o ranas croadoras,
chapas de Ali Babá
(y el banquero torero)
la botella de leche
que nunca encerró un genio,
ni un mensaje,
por más que te atreviste
a beber su contenido.





Fa un sol de carallo



Concentrado en el mundo de las setas



Te gusta lo que oyes y sonríes, acompañando con la alegría reflejada en tus ojos.



Tres caras para un retrato, Julio, Angel y Fernando



Un gesto habitual de Julio, como de preguntarse ¿Y esto que es?



¿Voy o vengo? Julio parece absorto, ensimismado.

Un poco así nos sentimos al pensar en el enigma que supone la muerte, sobre todo si es una partida inesperada como la suya, con la que todos, quizá, sentimos que quedaron cosas por decir, abrazos por dar, risas que compartir, momentos que vivir, de nuevo, junto a él.



Escucha reflexivamente, calibrando lo que el que habla está diciendo



EL pájaro, pájaro loco, explosivos marca Acme, Correcaminos
mec mec. El Julio era de Tebeo y de Traca



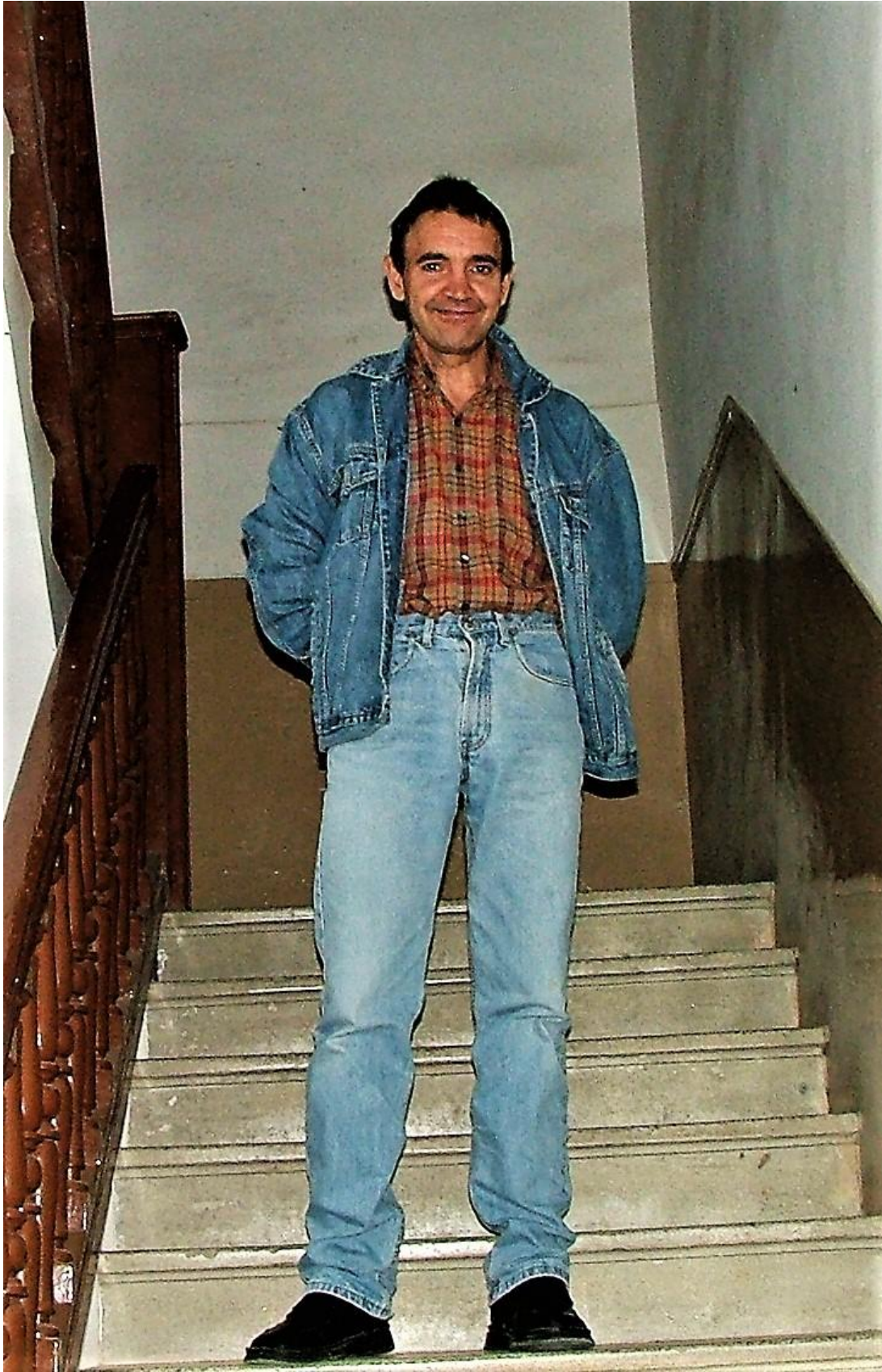
Y guaperas el jodido



Se reía por todo y de nada.



Perdido entre la tribu. Elegante y sonriente, rodeado de sobrinas.



Buena gente



Hubo algunos septiembreres que se perdía por Aínsa y dábamos paseos, o buscábamos setas y las clasificábamos. Por entonces, Gonzalo era un zagalín al que le estaban cambiando los dientes de leche. Disfrutábamos de su compañía durante unos días y él se sentía a gusto entre nosotros, pudiendo saborear la cercanía de la naturaleza. Nunca hablamos de por qué dejó de acudir en otros septiembreres posteriores.





¡Cómo le gustaba hacer el ganso!



Me gustaba llevarle por lugares en los que tenía que esforzarse por superar sus limitaciones. Siempre lo recuerdo por los terreros del Pantano de la Peña, algún año después de su “accidente”. Ponía toda su voluntad en dar los pasos para no echarse atrás y seguir subiendo donde hiciera falta. Aquí estaba en la Dehesa del Carrascal de Torrelisa, donde en más de una ocasión fuimos a coger setas





Buena jornada setera con “Suélteme usted señorito” y buen surtido de robellones, lepistas, cantarellus, lenguas de vaca, boletus y demás



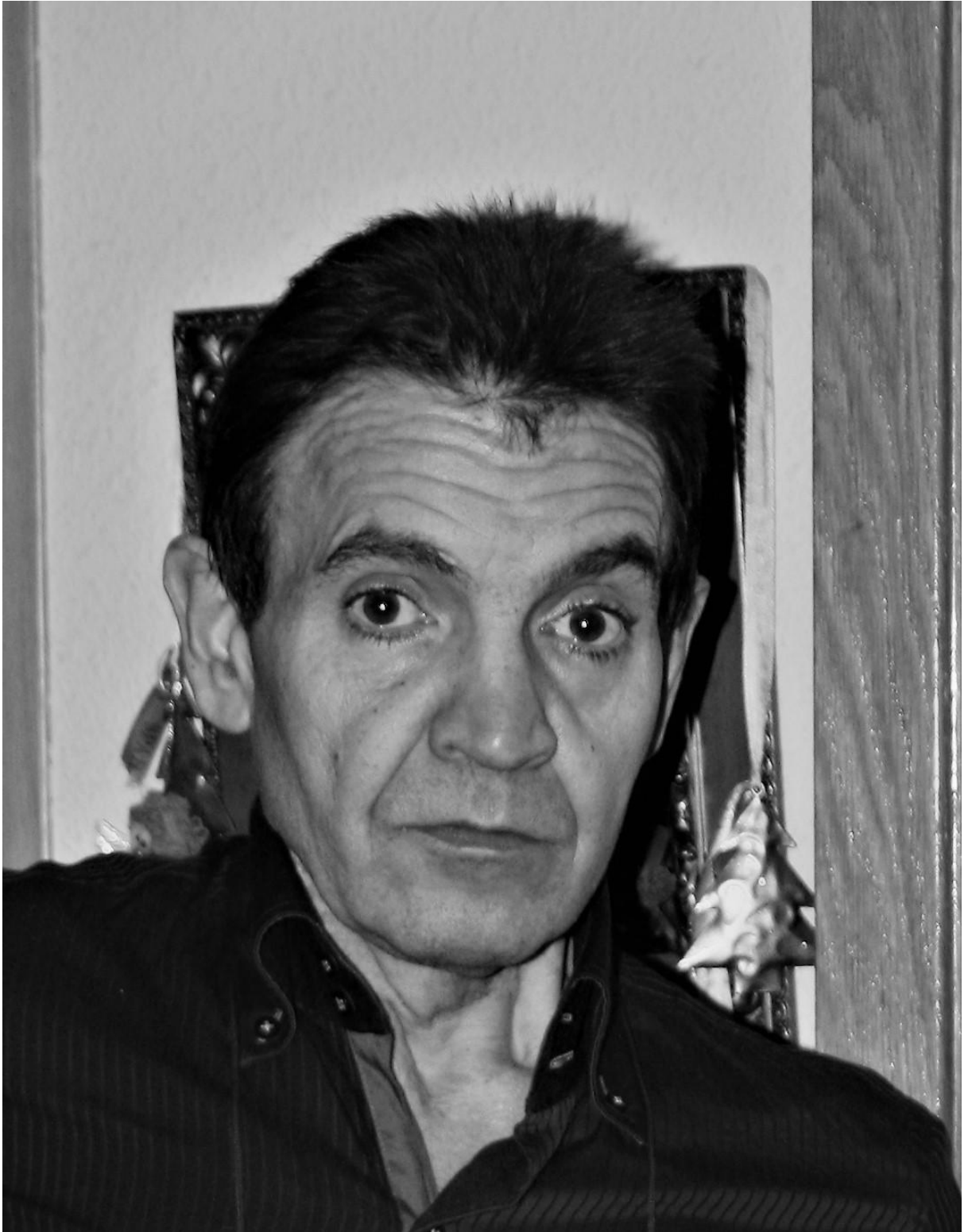
No le resultaba nada difícil sentirse a gusto una vez que se había decidido a salir de su cubil.



Su cara y sus arrugas eran el reflejo de lo que había vivido, de lo que había gozado y también sufrido.



Un poso de alegría tierna aparecía en su mirada,
siempre transparente.



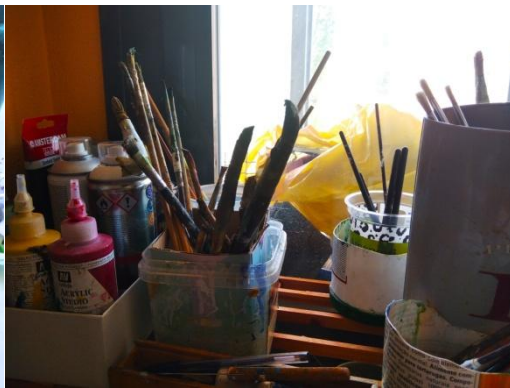
En esta imagen me recuerda a los viejos chansonniers franceses, como Charles Aznavour o Ives Montand, mirando hacía un mundo y una vida que nos deja esa cara, entre el asombro y la perplejidad



Aquí, dos de los pintores de la familia. Lástima que no haya habido tiempo para crear juntos

Apenas hubo tiempo,
después de tanta ausencia,
de decirte hasta luego siquiera.
Igual que un ermitaño
rumiabas tu pintura,
las copias que esperabas dejar
de serlas algún día
para encontrar tu pulso
y encaminar tu mano
hacia un nuevo horizonte.





Tu mundo de colores y creatividad





¿Qué pasa contigo, no te cansas de hacerme fotos? Déjalo ya para otro rato, hermano.



En el sesenta cumpleaños de Clara, junto al colega Jean, el francés de Mianos, disfrazados de hippies.



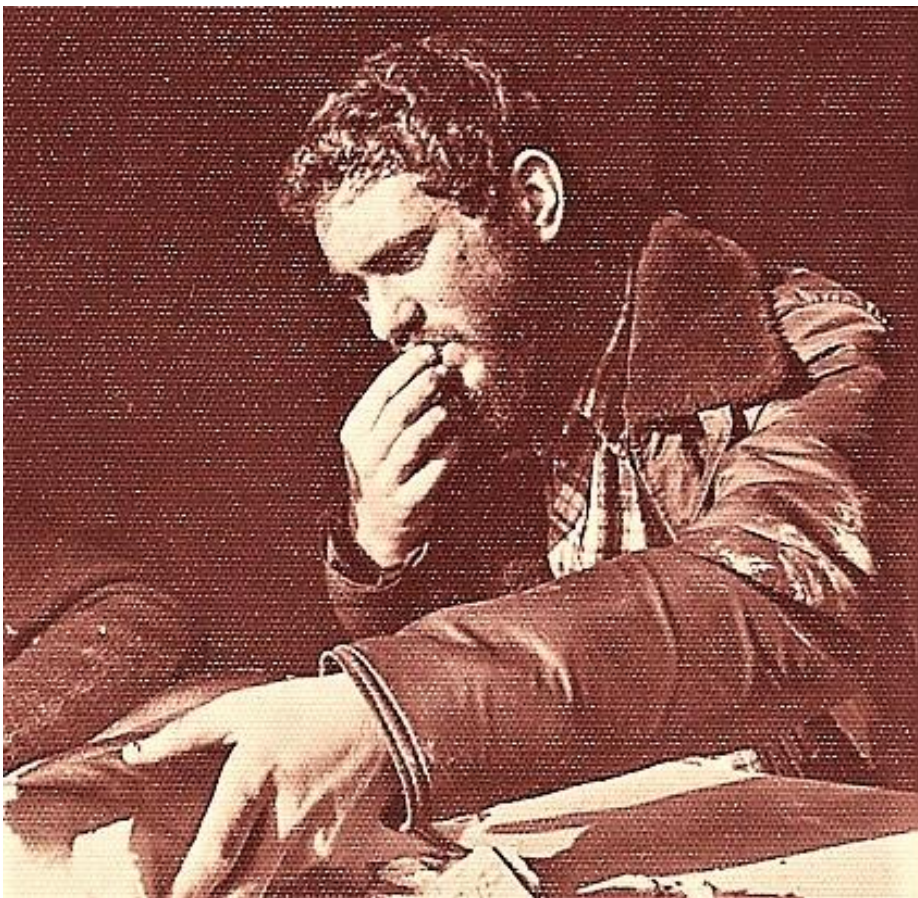
Ese mismo día con Aceti, el amigo italiano, disfrazado de maruja folklórica o algo así.



Con el hippie de su hermano Pedro



El día de nuestra boda, con las Pilares, Roico, Velázquez, Pachi, el Figura, José Mari y Gonzalo



Aquí su consuegro, el padre de Clara, que durante un tiempo fue amigo de la familia

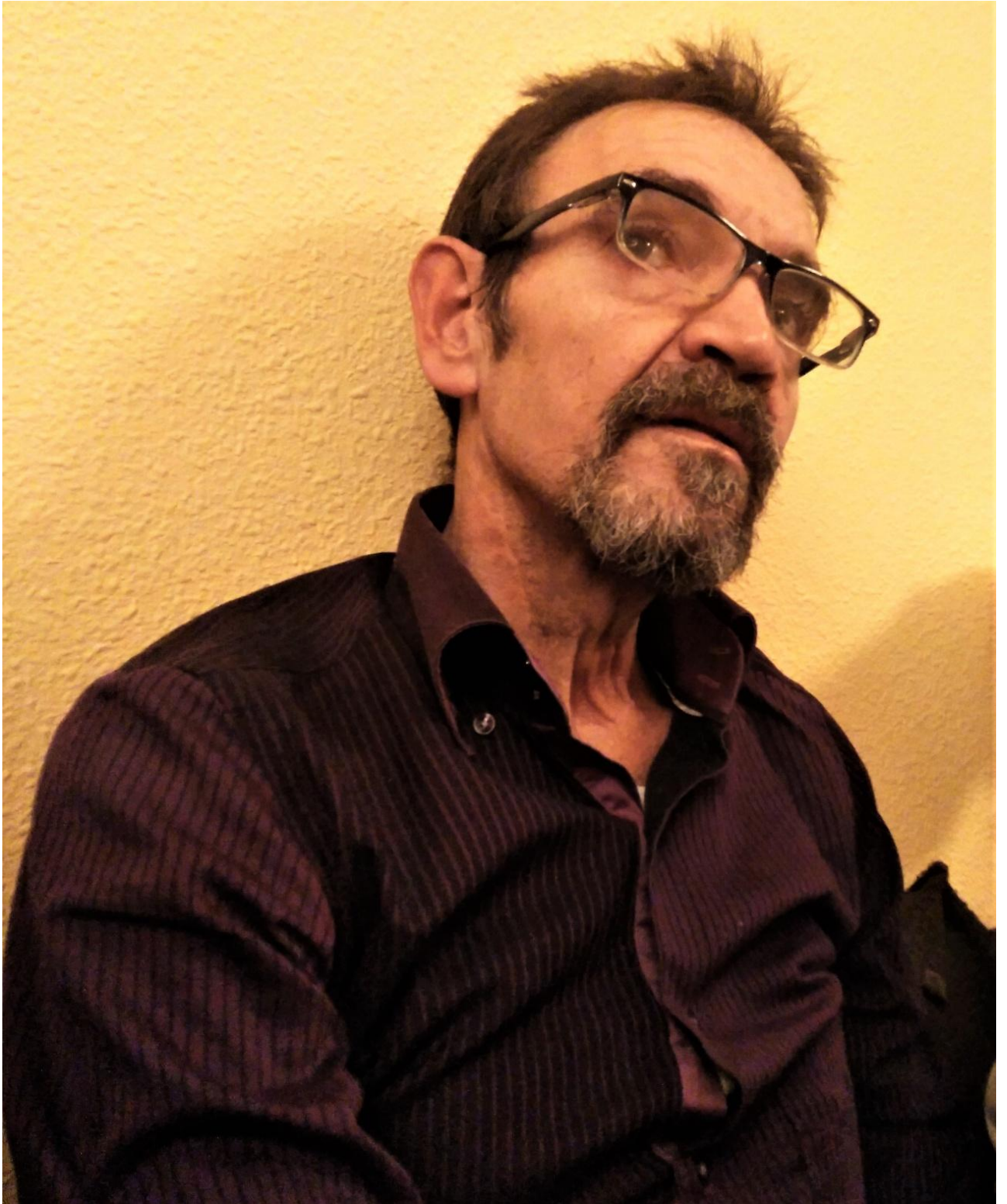


Pablito empezó pronto con lo del Botellón



Padre e hijo. Julio y Pablo





Julio escuchando con sumo interés



Presto a decir algo o a reírse sin más



Su risa, siempre su risa



No sabría decirnos cuál de ambas es el antes o el después



ESA MUJER SIN ROSTRO

Miro a la muerte igual
a una mujer sin rostro
que volviese la esquina
en una calle ignota
de una ciudad
que nunca he recorrido.

No temeré seguirla,
pues sé que mi destino
es, indudablemente,
ir de su mano un día.

He sentido marchar a mis amigos
en medio de la vida,
cargados de proyectos,
sin una despedida.

Cada partida duele

por la oquedad que deja
en esa estancia oculta
desnuda e invisible

En cada soplo,
una hoja se llevan
del árbol del recuerdo.

Pero siempre nos queda
una sonrisa un gesto,
un rasgo, una semilla
apenas perceptible,
que de nuevo germina.

La honda raíz de los afectos
es el junco en el agua,
el mimbre que soporta
la navaja afilada
blandida por el tiempo.

Nadie se vuelve atrás

cuando dobla la esquina
ni llega a adivinar
si la ciudad existe
y es hermosa
si más allá de la materia inerte,
como única certeza,
no engendra la ceniza nueva vida
y recorre despacio la tierra,
el agua, el aire,
como seres distintos
que siguen empeñados en vagar
sin siquiera saberlo.



Entre luces y sombras te vas sin despedirte.
Tal vez nunca quisiste los adioses, las despedidas tristes,
envueltas en la niebla de vacíos andenes.
Tú ya has cogido el tren, no sabemos a dónde
y nosotros, aquí, recordando tu rostro,
tus gestos, tu sonrisa, tu amor por los colores
y la armonía salvaje de la naturaleza.
Me habría gustado compartir contigo
este otoño que vuelve a ser otoño,
de lluvia y aguaceros, de ríos que rebosan
y bosques que retoman su latido y sazón.

No olvidaré las noches de refugio
en que inventabas ruidos fantasmales
al amor del fuego de la hoguera,
mientras, fuera, las hayas se mecían
por el furor del aire,
ni el despliegue continuo de tu imaginación,
siendo aún niño.
Tuviste un arraigo profundo en la amistad,
entregado y leal cuando te reclamaba,

incluso hasta arriesgar tu vida.
Todos deseáramos haberte visto más
y compartir contigo más momentos,
pero la vida es una ráfaga fugaz
que se nos va en dejar que el tiempo
y su velocidad decidan por nosotros
además de las olas que a cada uno
le toca en suerte navegar y salvar.
Nos quedamos varados
en lugares distintos de la playa
que hemos de recorrer
para saber de nuevo que ahí estamos,
encontrarnos de nuevo y abrazarnos,
como si distancia y tiempo fuesen nada
contra el lazo fraternal que nos hermana.

